

RAMIRO DE VILLALBA

Me llamo Ramiro de Villalba y ahora que siento que la muerte viene a por mí voy a narrar estos hechos para que no queden perdidos en el olvido.

Mi vida dio comienzo en el siglo XII en un hermoso castillo situado al sur del reino de Castilla, cerca de un río cuyo nombre no acierto a recordar.

Mi padre fue Don Diego, Conde de Villalba, mi madre se llamaba Elena, tuve un hermano mayor, Martín y una hermana más pequeña que yo, llamada Ana.

Mis hermanos fueron el orgullo de mi familia, mi hermana era bellísima, mi hermano era ágil y fuerte, diestro en el manejo de las armas, siempre salía triunfador en justas y torneos, yo por el contrario era de apariencia débil y jamás destacué ni en el uso de las armas ni en el arte de la cetrería.

Lo que más me gustaba era leer, para lo que fui bastante adelantado, pues aprendí a leer y escribir a una edad muy temprana para aquellos tiempos y recuerdo también como me quedaba embobado escuchando a juglares y trovadores. Como es de suponer estas aficiones no eran del agrado de mi familia, por lo que pasaba casi siempre inadvertido y me sentía un poco olvidado por todos. Tampoco tuve muchos amigos, pues los niños que convivían en el castillo (los hijos de criados y sirvientes) tampoco coincidían con mis aficiones.

Mi mejor apoyo lo encontré siempre en mi preceptor, Don Diego Álvarez, a quien debo mi interés por las ciencias y las letras.

Un día nuestra suerte cambió, mi familia que vivió siempre rodeada en una corte de sirvientes y aduladores, por motivos que no alcanzaba a comprender tuvo que renunciar a su título nobiliario, a nuestros privilegios y nuestras tierras. Tuvimos que abandonar el castillo para malvivir en una muy modesta casa.

Martín abandonó la carrera de las armas para junto con mi padre trabajar la tierra, mi madre y mi hermana tuvieron que desprenderse de muchos de sus vestidos y joyas para conseguir algún ingreso. Y yo vendía en la ciudad los pocos productos que podíamos obtener del pequeño huerto.

Un día decidí abandonar mi familia para ingresar en un monasterio. Allí pude desarrollar el talento natural que ya poseía. Al poco tiempo fui capaz de traducir antiguos textos griegos, latinos y árabes, realizaba cálculos físicos y matemáticos y llegué a averiguar la distancia entre algunas estrellas y lo que fue más importante estudié tan a fondo las plantas medicinales que mi fama se extendió más allá de nuestros reinos y reyes y nobles solicitaban mis servicios cuando padecían alguna enfermedad que sus médicos más allegados no lograban sanar.

Un día me avisaron que mi padre había caído gravemente enfermo. Fui a visitarle y logré curarle, pero yo sabía que la verdadera enfermedad de mi padre era el dolor que le había provocado el no poder vengarse de la injusticia que habían cometido con él. Consintió en revelarme quien fue el causante de haber caído en desgracia ante el Rey. Fue el Duque de Burguillos, que con su falso testimonio hizo que el Rey le otorgara el Condado de Villalba, desterrando así a nuestra familia, pasando todos nuestros bienes a sus manos, sin que ni mi padre ni mi hermano pudieran hacer nada por impedirlo.

Una vez que mi padre se recuperó regrese al monasterio para continuar con mis estudios. Al poco tiempo, fui requerido por nuestro Rey, que padecía fiebres altísimas y que nadie era capaz de curar.

Cuando entre en el castillo, cual fue mi sorpresa al distinguir que entre sus más cercanos caballeros, se encontraba el Duque de Burguillos, el causante de la desgracia de mi familia. Y desde ese mismo instante me propuse desenmascararlo, aprovechando que él no me había reconocido.

Como es de suponer, conseguí curar a su majestad, ganándome así su confianza, de tal manera que me convertí en uno de sus

principales consejeros, lo que me permitía permanecer mucho tiempo en el castillo, vigilando así al Duque, hasta llegar a entablar con él cierta amistad.

Un día durante un almuerzo presidido por su majestad, logre introducir en su copa unas hierbas que producían tales sufrimientos que el que las tomaba creía morir. D. Álvaro, que así se llamaba el Duque viéndose en tan mal estado, solicito mi ayuda, a lo que respondí que le salvaría la vida si confesaba su traición ante el Rey. Creyendo que se moría y que su única salvación era yo, accedió a confesar ante el Rey las calumnias que levantó contra mi padre para usurparle sus bienes y mermar la confianza y el cariño que el Rey depositaba en mi padre.

Una vez pasados los efectos del brebaje, D. Álvaro, fue juzgado y condenado a mazmorras y el Rey devolvió a mi familia el Condado de Villalba y los bienes que antes habían perdido,

Mi hermana se casó con uno de los hijos del Rey. Mi padre, aunque ya anciano y mi hermano se convirtieron en sus más leales vasallos y yo continué siendo su consejero principal, a la vez que pude dedicarme a lo que más me gustaba, la investigación, pues yo solicitaba los volúmenes más extraordinarios que me eran enviados incluso de tierras lejanas, convirtiéndose así la biblioteca del castillo en una de las más importantes de la época.

Y mi familia descubrió que no es solo importante la fortaleza física y la valentía, también lo es el conocimiento de las ciencias y las letras.

JOSÉ FRCO. SANTOS SUERO
12 AÑOS, HUELVA